



CAPÍTULO XXXVII

Reinado de Enrique IV de Castilla.—Guerra civil.—Casamiento de D. Fernando y doña Isabel.—1454.—1469.—Popularidad de Enrique IV.—No corresponde éste á las esperanzas que hizo concebir.—Su conducta relajada.—Opresion del pueblo.—Adulteracion de la moneda.—Carácter de Pacheco, marqués de Villena.—Carácter del arzobispo de Toledo.—Entrevista de Enrique IV y Luis XI de Francia.—Desgracia de Villena y del arzobispo de Toledo.—Confederacion de los nobles.—Deposicion de Enrique IV en Avila.—Dividese en bandos el pueblo.—Intrigas de Pacheco.—Licencia Enrique sus tropas.—Proposicion para el matrimonio de doña Isabel.—Su primera educacion.—Su proyectada union con el gran maestre de Calatrava.—Muerte repentina de éste.—Batalla de Olmedo.—Anarquía civil.—Muerte y carácter de D. Alonso, hermano del monarca castellano.—Su reinado fué una usurpacion.—Ofrécese la corona á doña Isabel.—Esta la rehusa.—Tratado entre Enrique IV y los confederados.—Doña Isabel es jurada por heredera del trono en Toros de Guisando.—Pretendientes á su mano.—D. Fernando de Aragon.—Faccion de doña Juana, la Beltraneja.—Proposicion del rey de Portugal desechada por doña Isabel.—Acepta ésta por esposo á D. Fernando.—Contratos matrimoniales.—Crítica situacion de doña Isabel.—Entra D. Fernando en Castilla.—Entrevista secreta de los nuevos desposados.—Su matrimonio.—Escritores particulares.—Quincuogenas de Oviedo.

Mientras que tan ruidosos acontecimientos sucedian en Aragon, la Infanta doña Isabel, cuyo nacimiento queda ya referido al final del capítulo XXXV, pasaba su juventud en excenas no ménos tumultuosas. En la época en que vió la luz por vez primera, la perspectiva que se la presentaba de suceder en el trono de sus mayores, era aún más remota que la de D. Fernando á heredar de los suyos; y es curioso sobremanera observar, por qué medios y por qué serie de notables sucesos, se complacia la Providencia en preparar estos resultados, y por ellos la union, por tanto tiempo diferida, de las grandes monarquías españolas.

La accesion al trono de su hermano mayor Enrique IV, fué recibida con un entusiasmo proporcionado al disgusto que el prolongado é imbécil reinado de su predecesor habia ocasionado. Es cierto que algunos pocos que volvian la vista al tiempo en que se habia levantado en armas contra su padre desconfiaban de la rectitud de sus principios ó de su juicio, pero la mayor parte de la nacion se hallaba dispuesta á explicar su conducta por la inexperiencia y el juvenil ardor, y se entregaba á las halagüeñas esperanzas que un nuevo reinado y un monarca jóven hacen generalmente concebir. Dis-

tinguiase Enrique por su dulce carácter y por una afabilidad que podia decirse familiaridad en su trato con los inferiores, virtudes que atraen especialmente el afecto en personas de elevada jerarquía, y como los vicios que llevan el sello de la juventud no sólo se perdonan fácilmente, sino que son muchas veces causa de popularidad para el vulgo, la indolente prodigalidad á que se entregaba se comparaba con la severa parsimonia de su padre en sus últimos tiempos, siendo favorable á aquél el resultado de esta comparacion, y granjeándole el sobrenombre de *el liberal*. Haciéndole un dia presente su tesorero el exceso de sus gastos: «Los reyes, le contestó, en lugar de amontonar tesoros como los particulares, están obligados á derramarlos para la felicidad de sus súbditos. Nosotros debemos dar á nuestros enemigos para que sean amigos, y á éstos para que sigan siéndolo.» Y observó esta máxima tan al pié de la letra, que en muy poco tiempo apenas quedó un maravedí en las arcas reales.

Mantuvo su córte bajo un pié de lujo que no habian acostumbrado los monarcas de Castilla, sosteniendo á sueldo una guardia personal de tres mil seiscientas lanzas, espléndidamente equipadas y mandadas por los hijos de

los nobles; proclamó una cruzada contra los moros, medida siempre popular en Castilla, tomando por empresa de su escudo los dos ramos de granado trabados entre sí, que era la divisa de Granada, en señal de su intencion de arrojar á los musulmanes de la Península; reunió la caballería de las provincias más remotas, y por último, en la primera parte de su reinado, apenas se pasaba un año sin que se hicieran una ó más incursiones en el territorio enemigo con ejércitos de treinta ó cuarenta mil hombres.

Los resultados, sin embargo, no correspondieron á la magnificencia del aparato, y estas brillantes expediciones se consumieron muy frecuentemente en una mera algarada ó en un vano alarde ante los muros de Granada. Taláronse los plantíos, saqueáronse las cosechas, incendiáronse las aldeas y se pusieron en práctica todos los demas medios de destruccion peculiares á este bárbaro modo de guerrear por los ejércitos invasores cuando inundaban las provincias hostiles; acabáronse tambien hazañas de proezas individuales, que se hallan mencionadas en las románticas baladas de la época, pero ni una victoria se alcanzó, ni se conquistó tampoco punto alguno de importancia. En vano trataba el rey de excusar estas precipitadas retiradas é inútiles empresas, diciendo «que apreciaba más la vida de uno de sus soldados que la de mil musulmanes,» porque sus tropas murmuraban de tan tímida política, y los pueblos del Mediodía, sobre quien pesaban más especialmente estas expediciones á causa de su proximidad al teatro de la guerra, se quejaban de «que la guerra más bien se hacia contra ellos que contra el infiel.» Hubo ocasion en que se trató de asegurar la persona del monarca, para impedir por este medio que licenciase su ejército; ¡tan pronto cayó en descrédito su autoridad real! El rey de Granada mismo, siendo requerido para que pagase tributo, despues de una série de estas operaciones sin resultado, contestó: «que en los primeros años del reinado de Enrique hubiera dado cualquiera cosa, hasta sus mismos hijos, para conservar la paz en sus dominios, pero que entonces nada daria.»

El desprecio que el rey atrajera sobre sí por su conducta pública, se aumentó más y más todavía por su proceder privado. Con ménos aptitud aún que la que su padre habia manifestado para los negocios, no poseia ninguno de aquellos gustos delicados que compensaban los defectos de éste. Dado á la crápula desde su más temprana juventud, luégo que hubo perdido sus facultades intelectuales y morales á consecuencia de ella, se entregó con todo ardor á los brutales placeres de la voluptuosidad. Despues de un enlace de doce años, habia repudiado á su esposa doña Blanca de Aragon, bajo pretextos en extremo ridículos y humillantes; y en 1455 contrajo nuevo matrimonio con doña Juana, princesa de Portugal, hermana de Alonso V, monarca á la sazón de este reino. Esta señora, entónces en todo el esplendor de la juventud, estaba dotada de tales gracias personales y de una imaginacion tan viva, que, al decir de los historiadores, era la delicia de la córte portuguesa. A su venida á Castilla, acompañóla brillante séquito de damas, y su entrada en este reino fué festejada con los regocijos y alardes militares propios de una edad caballeresca; pero muy pronto las vivas y afables maneras de la jóven reina, que parecian desafiar al formal rigorismo de la etiqueta castellana, dieron motivo para las más groseras sospechas. Las venenosas lenguas del escándalo señalaron á Beltran de la Cueva, uno de los más cumplidos caballeros del reino, y que acababa de ser admitido á la gracia real, como la persona á quien más liberalmente dispensaba sus favores. Este caballero defendió un paso de armas en presencia de la córte, muy cerca de Madrid, en el que sostuvo la superior belleza de su dama, contra todos los que se presentasen; y el rey quedó tan complacido de su proeza, que en conmemoracion de ella erigió un monasterio dedicado á San Gerónimo; caprichoso origen, en verdad, de una institucion religiosa.

La ligereza de la reina podria encontrar alguna disculpa en la ilimitada licencia de su marido. Una de las damas de honor, á quien aquella habia traído en su comitiva, adquirió sobre Enrique tal ascendiente que no se cui-



dó éste de ocultarlo, y la corte, despues de presenciar las más lamentables escenas, se vió dividida en bandos que respectivamente sostenian la causa de las dos hermosas rivales, no ruborizándose el arzobispo de Sevilla de abrazar la de la favorita, que sostenia un lujo y magnificencia tales, que competian con la pompa real. Aun más se escandalizó el pueblo por el sacrilego atentado cometido por el monarca, colocando á otra de sus queridas en el puesto de abadesa de uno de los conventos de Toledo despues de expulsar á la que lo desempeñaba, señora de rango distinguido y de irreprehensible conducta.

El torrente de la corrupcion fácilmente se abre paso desde las más elevadas hasta las más humildes regiones, y las clases medias, á imitacion de las superiores, se entregaron á un lujo excesivo, igualmente desmoralizador que ruinoso para sus fortunas. El contagio del ejemplo infestó hasta al clero superior, y vemos al arzobispo de Santiago arrojado de su silla por el pueblo indignado á consecuencia de una violencia intentada contra una jóven desposada en el momento en que volvia de la Iglesia, despues de terminada la ceremonia nupcial. Muy poco consultados ó atendidos podian ser los derechos del pueblo en una corte tan desenfundada y licenciosa, y por lo tanto, encontramos una repeticion de la mayor parte de los actos inconstitucionales y opresivos del precedente reinado, tentativas de impuestos arbitrarios, coaccion en la libertad de eleccion y en el derecho que las ciudades tenian de nombrar los jefes para los contingentes de hombres que debian suministrar para la defensa pública, y enagenaciones repetidas de sus territorios, los cuales, igualmente que las inmensas sumas recaudadas por la venta de las bulas pontificias para la prosecucion de la guerra religiosa, se dilapidaban en favor de los satélites y favoritos reales.

Pero acaso el mal más lastimoso de esta época fué la vergonzosa adulteracion de la moneda. En vez de las cinco fábricas reales de ella que en un principio existian, llegó á haber ciento cincuenta en manos de particulares autorizados para ello, los cuales rebajaron el va-

lor de la moneda hasta un punto tan deplorable, que los artículos mas comunes de la vida se elevaron á un precio, tres, cuatro y aun seis veces mayor del que tenian. Los deudores anticipaban ansiosos la época del pago, y como los acreedores rehusaban admitirle en la desacreditada moneda que circulaba, nacia de aquí abundantes litigios y tumultos, de modo que la nacion entera se hallaba amenazada de la más desastrosa bancarota. En esta licencia general el derecho del más fuerte era el único atendido, y los nobles, convirtiendo sus castillos en cuevas de ladrones, arrebatában al viajero su propiedad, la cual era despues vendida públicamente en las ciudades. Uno de estos capitanes de bandidos que desempeñaba un puesto importante en las fronteras de Murcia tenia la costumbre de traficar de un modo infame con los moros, vendiéndoles como esclavos á los prisioneros cristianos de ambos sexos, á quienes en sus expediciones de latrocinio capturaba, y cuando fué subyugado por Enrique IV, despues de una obstinada resistencia, fué nuevamente admitido al favor real y re-instalado en sus posesiones. Este pusilánime monarca, ni aun sabia cuándo debía perdonar y cuándo castigar.

Pero ninguna parte de la conducta de Enrique causó tan mal efecto entre sus nobles como la facilidad con que se entregaba en manos de favoritos, á quienes habia sacado, digamoslo así, de la nada, y á los cuales distinguia y adelantaba más que á los jefes de la antigua aristocracia del país. D. Juan Pacheco, marqués de Villena, y D. Alfonso Carrillo, arzobispo de Toledo, eran de los que más disgustados se encontraban por semejante proceder, y como ambos personajes ejercieron tan importante influencia sobre los destinos de Enrique IV, bien merecen particular mencion. Era el primero de noble alcurnia portuguesa, y fué paje, en un principio, del condestable D. Alvaro de Luna, que fué quien le introdujo en la cámara del príncipe Enrique durante la vida de D. Juan II. Su afabilidad y lisonja le hizo adquirir muy pronto completo ascendiente sobre el débil espíritu de su señor, que se guió por sus perniciosos consejos en sus frecuentes disensiones



con su padre. Su imaginacion andaba siempre ocupada en preparar intrigas que su elocuencia sutil y persuasiva recomendaba, y parecia preferir la consecucion de sus propósitos por un camino tortuoso más bien que por el directo, aunque éste le hubiera llevado al mismo buen resultado. Sufria los reveses de fortuna con imperturbable tranquilidad, y cuando sus planes obtenian mejor éxito, todo lo arriesgaba á trueque de excitar una nueva revolucion. Aunque naturalmente humano y sin instintos de violencia ó de venganza, su inquieto y turbulento espíritu trajo perpétuamente envuelto al reino en todos los desastres de la guerra civil. Hizole marqués de Villena Juan II, y sus vastas posesiones, situadas en los confines de Toledo, Murcia y Valencia, y que abrazaban una inmensa extension de populoso y bien fortificado territorio, le hacian el vasallo más poderoso del reino.

Su tio, el arzobispo de Toledo, de carácter más duro que Villena, era uno de aquellos prelados turbulentos, bastante comunes en un siglo de rudeza, que más bien parecen destinados por la naturaleza para los campos de batalla que para la iglesia. Altanero, violento é intratable, no ménos le ayudaba en sus ambiciosos proyectos, su intrépida resolucion, que los extraordinarios recursos de que disponia como primado de España. Capaz de la adhesion más ardiente y de los mayores sacrificios personales en favor de sus amigos, exigia de ellos, á su vez, la más ciega deferencia; y siendo muy fácilmente ofendido, é implacable en sus odios, parece que su afecto era tan temible, casi como su enemistad.

Estos primeros favoritos de Enrique IV, poco satisfechos al ver eclipsada su importancia por las nacientes glorias de los que nuevamente se crearan, principiaron á formar secretas ligas y confederaciones con los nobles, hasta que las circunstancias que sobrevinieron hicieron ya innecesario, y aun imposible, todo ulterior disimulo. Enrique habia sido persuadido á tomar parte en las discordias civiles que al reino de Aragon agitaban entónces; habia sostenido á los catalanes, en su oposicion al soberano, con subsidios bastantes de hombres y

dinero; habia hecho, finalmente, por su cuenta, conquistas de alguna consideracion; y en semejantes momentos, los consejos del marqués de Villena y del arzobispo de Santiago le indujeron á poner la decision de sus diferencias con el rey de Aragon, en manos de Luis XI de Francia, monarca cuya política habitual no le permitia dejar pasar oportunidad alguna de intervenir en los negocios de sus vecinos.

Efectuáronse las negociaciones en Boyona, y á consecuencia de ellas se convino en que se celebraria una entrevista á orillas del rio Bidasoa, muy próximo á aquella ciudad, y que divide los dominios de las dos naciones, entre los reyes de Francia y de Castilla. El contraste que estos dos príncipes ofrecieron en estas vistas, en cuanto á sus trajes y equipajes, es sobremodera chocante, para que dejemos de hacer mencion de ellos. Luis, que iba peor ataviado aún que lo que acostumbraba, segun Comines, llevaba una sobrevesta de paño burdo, muy corta, moda que se reputaba entónces indigna de personas de alto rango, un jubon de fustan, y un sombrero muy traído, al cual iba cosida una imágen de plomo de la Virgen. Igual traje llevaban los cortesanos, sus imitadores. Los castellanos, por el contrario, desplegaron una magnificencia nada comun. La barca en que atravesó el rio el favorito real, Beltran de la Cueva, deslumbraba con sus velas de brocado, y el traje del caballero resplandecia con la profusion que le adornaba de preciosa pedrería. Enrique iba escoltado por su guardia morisca, magníficamente equipada; y los caballeros de su comitiva rivalizaban entre sí en los suntuosos adornos de sus personas y trenes. Miráronse las dos naciones con reciproco disgusto por el contraste que sus opuestas afectaciones presentaban; pues al paso que los franceses se sonreian al ver la ostentacion de los españoles, estos, á su vez, se burlaban de la sórdida parsimonia de aquellos sus vecinos. Así se arrojaron las semillas de una aversion nacional, que, bajo la influencia de circunstancias más importantes, se convirtió despues en abierta hostilidad.

Separáronse tambien los monarcas con tan poca estimacion reciproca, como sus respecti-



vos cortesanos; y Comines aprovecha esta ocasión para persuadir la inutilidad de estas vistas entre príncipes, que han cambiado ya la negligente alegría de la juventud por la fría y calculadora política de la edad madura. El laudo de Luis XI á ninguna de las partes satisfizo; prueba suficiente de su imparcialidad. Los castellanos, en particular, se quejaban de que el marqués de Villena y el arzobispo de Toledo habian comprometido el honor de la nacion, permitiendo á su soberano que pisase el territorio francés, cruzando el Bidasoa, y sus intereses, consintiendo en ceder el territorio conquistado en Aragon. Acusábanles públicamente de estar pensionados por el monarca francés, hecho que no carace de toda probabilidad, si se considera la política habitual de este príncipe, que, como es sabido, mantenía secreto espionaje en el consejo de la mayor parte de sus vecinos; y Enrique llegó á convencerse hasta tal punto de la verdad de estas imputaciones, que separó de sus empleos á los dos perjudiciales ministros.

Caidos estos nobles en desgracia, aplicáronse en el instante á la organizacion de una de aquellas formidables confederaciones que tan frecuentemente habian conmovido en su trono á los monarcas de Castilla, y que, si no autorizadas, como en Aragon, por una ley positiva, tenían alguna apariencia de sancion constitucional en virtud de las antiguas prácticas. Es indudable que rivalidades personales llevaron única y exclusivamente á esta coalicion á muchos de sus miembros; pero muchos otros se comprometieron en ella, por disgusto que el imbécil y arbitrario proceder de la corona les causara.

En 1462, habia la reina dado á luz una hija que se llamó Juana, como su madre, y que, á causa de su padre putativo, Beltran de la Cueva, fué mas conocida en el progreso de su infortunada historia por el sobrenombre de la *Beltraneja*: Enrique, á pesar de esto, habia exigido que se la prestase el juramento acostumbrado de fidelidad, como heredera presunta de la corona; pero los confederados, reunidos en Búrgos, declararon acto de fuerza esta prestacion de juramento, y que muchos de ellos habian ya protestado contra él á su debido tiem-

po, por el convencimiento que de la ilegitimidad de la princesa tenían. En la exposicion de agravios que ahora presentaban al monarca, exigian que entregase en sus manos á su hermano don Alonso, para ser públicamente reconocido como su inmediato sucesor; enumeraban los repetidos abusos que en todos los ramos del gobierno prevalecian, imputándolos abiertamente á la perniciosa influencia que en los consejos reales ejercia el privado Beltran de la Cueva, verdadera clave que explicaba mucha parte de su ardor patriótico; y concluía formando una liga, sancionada con todas las solemnidades religiosas que en ocasiones tales se acostumbraban, por la que se comprometían á no volver al servicio de su soberano, ni recibir de él favor alguno, hasta que hubiese reparado sus agravios.

El rey, que por medio de una política resuelta hubiera quizá deshecho en sus principios estos movimientos revolucionarios, tenía natural aversion á toda violencia, y áun á toda medida algun tanto más fuerte. Habiéndole recomendado esto mismo su antiguo preceptor el obispo de Cuenca, «Vosotros los eclesiásticos, le contestó el monarca, como no teneis que comprometeros en la pelea, sois muy liberales de la sangre ajena; á lo que aquél replicó con más calor que respeto: Puesto que no sabeis guardar vuestro honor en tiempos como los que corren, viviré para veros el monarca más desgraciado de España, y entónces llorareis, aunque tarde, esta extemporánea pusilanimidad.»

Enrique, sin atender á las súplicas ni representaciones de sus parciales, recurrió al medio más suave de las negociaciones, y consintió en celebrar una entrevista con los confederados. Inducido en ella por los lisonjeros argumentos del marqués de Villena, á acceder á la mayor parte de sus pretensiones, les entregó á su hermano D. Alonso, para que fuese reconocido como heredero legítimo de su corona, aunque á condicion de su inmediato matrimonio con doña Juana, y convino en nombrar, en union con sus contrarios, una comision de cinco individuos, que deliberasen acerca del estado del reino, y reformasen por completo los abusos. El resultado, sin embargo, de esta de-



liberacion fué tan perjudicial para la autoridad real, que el débil monarca fué muy fácilmente convencido de que debia desaprobar, como lo hizo, los procedimientos de los comisionados, bajo el pretexto de que se hallaban en connivencia con sus enemigos, y áun intentar la captura de sus personas. Irritados entónces los confederados, al ver así quebrantada la fe de las promesas, y llevando quizás adelante su primitiva idea, decidieron en el momento la ejecucion de aquella osada medida, que impugnada por algunos escritores como acto de abierta rebelion, es por otros defendida como proceder legítimo y constitucional.

En una vasta llanura, no léjos de la ciudad de Avila, erigieron un tablado de la suficiente elevacion para que pudiera verse desde todos los al rededores. Colocaron sobre él un trono; y sentada en éste una imágen del rey Enrique, con sus vestiduras reales y demas insignias de rey, espada, cetro y corona, leyeron un manifiesto, en que, con los más vivos colores se pintaba la tiránica conducta del monarca, y la consiguiente resolucion de deponerlo, probando la legalidad de lo que se hacia con diferentes ejemplos, sacados de la historia de la monarquía. El arzobispo de Toledo, entónces, subiéndole al tablado, quitó la diadema de la cabeza de la estatua; arrebatáronle el cetro y la espada el marqués de Villena y el conde de Plasencia, y fué despojado de las demas insignias reales por el gran maestre de Alcántara y los condes de Benavente y Paredes; hecho lo cual, la imágen, así degradada, fué arrojada al suelo entre los confusos gritos y lamentos de los espectadores. En seguida sentaron en el trono ya vacante al jóven príncipe D. Alfonso, que sólo contaba once años á la sazón, y los grandes allí reunidos fueron uno á uno besándole la mano, en señal de pleito homenaje; anunciaron luégo las trompetas que la ceremonia habia terminado, y la plebe aclamó con gritos de alegría el advenimiento al trono de su nuevo soberano.

Tales son los detalles de este acontecimiento extraordinario, segun nos lo refieren los historiadores contemporáneos de las dos facciones rivales. Llegó su noticia con la acostumbrada

celeridad de las malas nuevas, hasta los puntos más distantes del reino; resonaron en el pulpito y en el foro, los acalorados debates de los que defendian ó impugnaban el derecho del súbdito para constituirse en juez de la conducta de su soberano, y todos se vieron obligados á tomar partido en tan extraña contienda. Recibió despues Enrique diferentes avisos de la sucesiva defeccion de las ciudades capitales, Búrgos, Toledo, Córdoba y Sevilla, y de una gran parte de las provincias meridionales, en las que radicaban los Estados de algunos de los más poderosos partidarios del opuesto bando; y el desgraciado monarca, así abandonado de sus súbditos, y perdida ya toda esperanza, llegó á expresar los extremos de su angustia con el enérgico lenguaje de Job: «¡Desnudo nací del vientre de mi madre, y desnudo he de volver á la tierra!»

Pero una gran parte de la nacion, probablemente la más numerosa, desaprobaba la tumultuosa conducta de los confederados; porque, aunque despreciando altamente la persona del monarca, no se hallaban dispuestos á ver tan abiertamente degradada la autoridad real, y se dejaban, además, llevar en algun modo, del sentimiento de compasion que les inspiraba un príncipe, cuyos defectos políticos, á lo ménos, no tanto debian atribuirse á natural maldad, cuanto á su incapacidad intelectual y á sus malos consejeros. Entre los nobles que le siguieron fieles, eran los más notables el *buen conde de Haro* y la poderosa familia de Mendoza, dignos vástagos de un ilustre tronco. Los Estados del marqués de Santillana, cabeza de esta noble casa, se hallaban situados en Asturias principalmente, dándole considerada influencia en las provincias del Norte, cuyos habitantes, en su mayor parte, se mantuvieron firmes y constantes en su adhesion á la causa del rey.

Así que, hechos por Enrique los apellidos para que acudiesen á él cuantos súbditos leales se hallasen en disposicion de tomar las armas, un número formidable acudió presuroso á alistarse en sus banderas, que excedió con mucho al de sus rivales; haciéndole subir su biógrafo á setenta mil infantes y catorce mil caballos.